

SÍMBOLOS DE UNA POLÍTICA CULTURAL INSTAURADORA ⁽¹⁾

Por JOSÉ IBÁÑEZ MARTÍN

NINGUNA satisfacción de cuantas puedan sentirse en la vida política es comparable con la mía en estos instantes solemnes, en que, por especial providencia de Dios, me cumple, como Ministro de Educación Nacional, ofrendaros la obra madura y fecunda donde puse la mejor ilusión de mi esfuerzo y el empeño más obstinado de servicio a la Patria. Y no se repunte petulante esta confesión que me atrevo a hacer pública hoy con el alma inundada de gozo, porque ella, más que exaltación de mi propio entusiasmo, es símbolo de la felicidad fragante que cuantos laboramos por el renacimiento científico nacional sentimos en lo más íntimo del corazón al vernos dirigidos y gobernados por vucencia como artífice supremo y excelso capitán de todas las eximias empresas que tienen por horizonte diáfano el engrandecimiento y gloria de la Patria.

La inauguración de este recinto, cuajado de instituciones culturales que son ya realidades florecientes de la vida espiritual

(1) Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, en el acto inaugural de los edificios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

española, acusa de manera tajante e inequívoca la madurez plena de aquella Cruzada singular comenzada bajo vuestros auspicios de paz ahora hace seis años, y que alcanza por sus hechos universal prestigio y renombre. El granado luliano de la ciencia, replantado en el solar de nuestra cultura, ha echado ya hondas e indestructibles raíces, que se esparcen por todo el subsuelo del país, y el tallo gigante y leñoso, el frondoso ramaje y los opimos frutos en sazón proclaman de forma irrefutable para el que tenga ojos y quiera ver que no ha sido vana la paz que nos trajo vuestro escudo victorioso ni infecundo el empeño con que os apresurasteis a procurar el renacimiento de la nación mediante el despertar, sacudida de su prolongado letargo, de una nueva ciencia española profundamente enlazada con la más pura tradición nacional.

LAS PRIMICIAS, PARA DIOS

Las primicias de esta obra han sido para Dios. Si el primer principio inspirador, si el germen vivificante, si la indispensable condición de nueva ciencia fué, como proclamó su ley fundacional, el profundo sentido católico, animador e impulsor de todas las grandes tareas hispánicas, en el recinto hogareño del Consejo Superior de Investigaciones Científicas no podía faltar el santuario de Aquél, sin cuyo soplo vital resulta estéril y yerta la ciencia humana. Y he ahí que el Estado español ha construido un templo al Divino Espíritu, a la adorable y amabilísima Persona de la augusta Trinidad, al Amor consustancial del Padre y del Hijo. Porque si, como afirmó un ilustre y santo doctor, «todo cuanto poseen las criaturas del cielo y de la tierra, en el orden de la Naturaleza, lo mismo que en el de la gracia, les viene del Espíritu Santo» (San Basilio, Lib. de Sp. Snact., cap. XXIX), España debe a esta celestial Persona divina todo el tesoro de luz que ilumina la mente y el corazón del Caudillo, todo el caudal de gracias bienhechoras que han hecho a nuestra Patria perseverar en paz, y le van dando horizonte claro, paso firme y guía segura, en el áspero caminar de su

presente y de su futuro. El mundo, ciego y hostil, ignora estas razones supremas del Espíritu, contra quien delinque con pecado imperdonable. Pero cuantos sentimos la fe inmortal española, le construimos una piadosa morada y le pedimos que, como la paloma en el Jordán, como la nube luminosa en el Tabor o como las lenguas de fuego en el cenáculo, descienda sobre las almas de los que crean en nuestra Patria el saber y la doctrina. Que nos haga partícipes de sus preciosos dones: *don de sabiduría*, «más hermosa que el sol y sobre toda la disposición de las estrellas» (sap. 279); *don de entendimiento* que necesitamos, como pedía el salmista (Ps., CXVIII, 14,9) para la vida; *don de ciencia*, por el que ésta salga de nuestros labios unguada como de gracia sacerdotal (Malach, 11,8).

COLMENAR DE TRABAJO Y DE ESTUDIO

Ese divino Espíritu a quien acabamos de rendir fervido homenaje religioso ha hecho que fructifique a ciento por uno el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del que hace un lustro presidisteis por primera vez, señor, la reunión plenaria, y cuyo crecimiento habéis seguido día a día con cada vez más intensa protección. Junto al curso continuado de la labor científica nos encontramos con que ha surgido una nueva ciudad. Una ciudad en la que se yergue esta casa madre, celda suprema de todo un colmenar de trabajo y estudio, donde hacendosamente se va labrando, día a día y hora a hora, el resurgimiento científico de España. Aquí residirán los organismos rectores del Consejo, la Secretaría con sus diversas dependencias, las oficinas administrativas y de contabilidad.

Una biblioteca de cultura internacional traerá aquí la vibración vital de cada pueblo; será una exposición permanente de sus actividades científicas y una invitación a considerarlas y estudiarlas.

Junto a estos libros que nos traen la obra científica de todos los países, está también el depósito de nuestras publicaciones, nuestros libros y revistas, la realidad de nuestra labor; libros que rápidamente han llenado la amplitud de locales que tenían destinada y ya piden mayor espacio.

Rodeando este edificio central, y encaramados en un recinto de jardines, paseos y avenidas, se alzan cuatro grupos de institutos y edificios del Consejo. De una parte, los que se cobijan a la sombra inspiradora de la iglesia del Espíritu Santo y del Archivo Histórico Nacional, al que se depara la suntuosa sede que merece por su calidad de tesoro y arsenal de la historia patria. En el antiguo edificio llamado «Auditorium», que ha sido totalmente reformado y ampliado con una nueva planta, podrán residir los Institutos «Padre Flórez», de Historia eclesiástica; «Santo Toribio de Mogro-vejo», de Misionología; «Jerónimo Zurita», de Historia, y «Gonzalo Fernández de Oviedo», de Historia de América.

Un segundo grupo de espléndidos locales es el destinado a las ciencias experimentales y de aplicación. En el edificio, construido en tiempos del general Primo de Rivera con el generoso donativo de la Institución americana Rockefeller, han sido alojados, con notabilísima mejora, los Institutos «Alonso de Santa Cruz», de Física; «Alonso Barba», de Química, y «Gregorio Rocasolano», de Química Física. En la monumental edificación fronterera a esta casa tendrán acomodo los Institutos «Sebastián Elcano», de Geografía; «Lucas Mallada», de Geología, y «José Celestino Mutis», de Farmacognosia. Y aún todavía se prepara la construcción de un nuevo edificio para el Instituto «Daza Valdés», de Óptica, ya en funcionamiento. Por último, al otro lado de la calle de Serrano, completa este conjunto la ingente fábrica del Instituto «Leonardo Torres Quevedo», de Instrumental científico, orgullo y gala de la industria española y semillero de futuros inventores y renovadores de nuestra técnica.

El tercer grupo de edificios lo integran los Institutos «Luis Vives», de Filosofía, y «San José de Calasanz», de Pedagogía. El de Pedagogía posee, como laboratorio vivo para experiencias y ensayos didácticos, el magnífico Instituto «Ramiro de Maeztu», que ha superado a todos los precedentes en España en cuanto a institución modelo de enseñanza primaria y media, y puede, justamente, parangonarse con los más renombrados centros similares del extranjero. Cinco edificios, con inmejorables instalaciones de aulas, bi-

bliotecas, museos, laboratorios, talleres, clínica médica, observatorio, espléndido teatro, residencias para alumnos internos y excelentes campos de deportes y juegos, forman esta obra predilecta del Ministerio, verdadero plantel, desde la adolescencia, de futuros maestros e investigadores.

Finalmente, constituyen un cuarto grupo de edificaciones los tres pabellones de residencias para becarios e investigadores, tanto nacionales como extranjeros. Y, por último, la residencia que en estos momentos se levanta en la vecindad del recinto para albergar a los auxiliares femeninos de la investigación. Porque en el Consejo —dicho sea de pasada— se han comenzado a crear poco a poco carreras de investigación en los diversos grados, y Decretos de julio de 1945 establecieron plazas de colaboradores científicos, «personal colaborador dedicado exclusivamente a los trabajos investigadores», y de auxiliares y laborantes, «según que la ayuda se ciña estrictamente a la ejecución manual de las técnicas o las rebase con capacidad de estudio inteligente de los problemas». Y ahora el Gobierno crea 93 plazas de investigadores para proveer progresivamente en seis años.

EL RENACIMIENTO CIENTIFICO, EN MARCHA

Un total, en suma, de 16 edificios, cuya descripción resultaría superflua, porque dentro de breves instantes vamos a contemplarlos y recorrerlos, es la ofrenda que el Ministerio de Educación Nacional brinda a España en este día, aniversario de nuestra más trascendental aportación a la historia del mundo.

Pero esta obra, señores, no significa tan sólo lo que en su realidad plástica y objetiva nos inculca de manera aplastante. Si el continente abrumba, y no es nada fácil crear continentes de esta índole, el contenido supera a toda ponderación. No son éstos hogares vacíos ni preciosas jaulas doradas, donde sólo pueden anidar esperanzas y ensueños. El renacimiento científico español está en marcha con el ejército de sus investigadores, el bagaje de sus libros y

revistas, el palpitar activo de sus laboratorios y seminarios. Si el Estado español ha hecho un esfuerzo supremo hasta el punto de que todo estudioso posee ya en nuestra Patria los cauces abiertos para cualquier vocación científica, no es menos cierto que alborea una nueva generación, capaz de utilizar para sí misma y para la grandeza de España este copioso material de trabajo y de estudio.

Al acusar, con el ánimo henchido de júbilo, tan halagüeñas perspectivas por la fecundidad presente y futura de la obra que hoy inauguramos, séame permitido recordar con gratitud a quienes colaboraron conmigo, hora a hora, en la creación de esta ingente obra, sin desdeñar ningún sacrificio en el azaroso trajín. Pero, sobre todo, gracias a nuestro invicto Caudillo, que en su ardua y múltiple tarea de gobernante, la alentó y estimuló siempre y supo impulsarla, hasta su remate feliz, con el ímpetu y el tesón que los grandes hombres saben poner en las empresas nacionales.

Señor: Tras el primer lustro de serena laboriosidad, el Consejo Ejecutivo ha juzgado oportuno establecer medallas para sus miembros, en las que el emblema fecundo, el «arbor scientiae», sea señal y distinción permanente de quienes han vertido su esfuerzo y su interés en esta gran empresa científica española. Dignaos aceptar de la modestia de mi mano, en representación de todos, la primera medalla de miembro del Consejo, como reconocimiento agradecido del patronato de V. E. y expresión de leal y entusiasta colaboración en el servicio de España.»

El Sr. Ibáñez Martín escuchó, al terminar su discurso, una clamorosa ovación.